

ras y en las portuguesas, los antepasados intelectuales del artista de los *Broqueis*. Si volvierais la vista á Francia, os acordaríais de Baudelaire ó de Villiers; si al país yankee, de Poe; si á Inglaterra, de Swynburne; però Cruz y Souza solamente os recordaría á estos artistas, tan grandes y tan distintos; porque su obra le pertenece, como concepción y como ejecución, es suya; lo caracteriza y lo revela. Excepcional elogio.

No es un poeta brasileiro; no es siquiera un poeta americano. Es simplemente un poeta. Sabe que las fronteras del arte son las fronteras de la concepción estética y lleva su extraña constelación de ideas por todos los cielos, y su caravana de visiones por todos los desiertos desolados y tristes del espíritu.

Alejandro Herculano, docto y eminente autor de las *Lendas y narrativas*, armó caballero á Gonçalves Días en la amable caballería del Arte; pero al darle el espaldarazo, quejóse de no ver en él bastante ardor por el maltrecho americanismo. El vizconde de Almeida Garrett, que admiraba al pastor togado Gonzaga, lastimó que condujese sus rebaños á extranjeros prados. Idénticas censuras han dirigido otros críticos á otros autores. Bien pues; es preciso que los americanos hablen de nosotros mismos; de nuestros bosques, de nuestros ríos, de nuestras montañas; de nuestra historia; de nuestras costumbres, de nuestras pasiones, de nuestros vicios y de nuestras glorias. Pero somos europeos por lengua, por religión, por raza, por historia, por costumbres, por pasiones y por vicios. Para americanizar nuestra obra, sólo nos queda la Naturaleza y el indianismo; hacer correr por las páginas de nuestros libros los caudales del Amazonas, del Plata ó del Magdalena, y proyectar sobre nuestros héroes de tez roja, la sombra de los cocoteros y de los ombús.

Americanismo? La palabra pertenece al vocabulario político; el vocabulario poético ignora su significado. Quizá podéis en-

contrarla en el retórico. La encontraréis seguramente, en el de la crítica pedantesca y académica.

El Brasil no podía constituir una excepción en la historia de la literatura latinoamericana. Ha pasado por las diversas fases de la evolución europea; ha ordeñado la ubre clásica y la ubre romántica y la ubre realista de la Amaltea literaria, y ha hecho indianismo, reemplazando los pinares con los palmares y el ruiseñor con el sabiá. Su Graziella se ha llamado Iracema. René, Manfredo, Werther, Saint-Prioux, han visto correr, melancólicamente, las aguas del Tieté ó del Parahyba y el caballero Rolando ha penetrado en el *sertão*.

Basilio da Gama, cantó en clásicos y sonoros versos blancos, las rebeldías de los indios del Uruguay. Santa Rita Durao, las romancescas aventuras del portugués Correa, entre los tupinambás conocido por *Caramurú*. Sus octavas reales miran á lo lejos las maravillosas octavas de Camoes. Gonçalves de Magalhaes, que agitó audazmente la bandera romántica, celebró la confederación de los Tamoyos; Araujo Porto Alegre creó las *Brasilianas*, para celebrar en ellas la Naturaleza prodigiosa de su patria; Gonçalves Días, compuso el himno guerrero de la tribu de los tupís. Más tarde, José de Alencar habló de Guarany y de Iracema; pero no fueron por eso más americanos que el Chateaubriand de los Chactas, el Saint Pierre de Pablo y Virginia ó el Ercilla de la Araucana. Las costumbres indias son tan exóticas para nosotros como para los europeos, y un poema que celebrara las hazañas de Huayna Kaphaj, sería para nosotros tan extraño como el que cantara las de Gengis Khan. Hija de las viejas civilizaciones, nuestra poesía es un brazo del gran río poético de la Europa.

Yo he atravesado las florestas del Brasil; he visto limitado el horizonte por colosales y frondosos árboles en las márgenes